

Corín Tellado

Boda clandestina



COLECCION
CORAL

VICENTEROSO

Ketty Iwahinosky es una joven de veinte años que vive una situación muy complicada: es huérfana y debe hacerse cargo de sus dos hermanos pequeños y de la empresa familiar, unos importantes astilleros. El testamento que dejó su padre le impide casarse antes de los veinticinco años y su madrastra vigila todos sus movimientos. Cuando conoce a Roberto, un ingeniero completamente desengañado del amor que no quiere ni oír hablar de las mujeres, una oleada de sentimientos se apodera de ella.

Capítulo 1

Un tenue haz de luz penetraba callado, diríase temeroso, por la pequeña ventana de la buhardilla. Un silencio impresionante se cernía en el ambiente, tan solo interrumpido por los pasos agitados del hombre, cuyos pies iban de uno a otro lado de la estancia sin tregua, sin compás.

El cuerpo vigoroso se inclinaba hacia delante, mientras la boca, de trazo duro y enérgico, murmuraba palabras ininteligibles, al tiempo que los cabellos, de un negro azabache, se agitaban con ira, con desesperación.

Era imposible precisar la edad de aquel hombre. ¿Treinta años? ¿Cuarenta? ¿Más tal vez?

Su cuerpo de atleta dejábase ahora caer sobre una butaca, mientras que los ojos de un pardo intenso iban desviados a clavarse en el rostro pálido del amigo, que, callado y triste, permanecía medio tendido en un próximo diván.

Al observar sus facciones endurecidas, hacía más difícil acertar su edad. La frente espaciosa se plegaba en pronunciadas arrugas; los ojos despedían llamaradas y la boca se apretaba fuertemente, parecía próxima a romperse.

—Tu actitud me desespera, Rob —sonó tenue la voz del amigo—, te han absuelto, nada tienes que temer, puesto que se ha comprobado...

—¡Calla! —se irguió tembloroso—. ¡Yo la maté! La maté por perjury, por... ¡Oh, qué sufrimiento más atroz! ¡Qué desesperación la mía! ¿Crees que aun así me arrepiento?

¡Jamás, jamás! ¡Con qué ansia hubiera disparado de nuevo la pistola! —rugió con desgarrador acento—. Me amaba —sonrió tristemente—. ¿Oyes? Aquella misma tarde, antes de haberla encontrado con su amante, juraba que yo era el único amor de su vida... ¡Canallas los dos! ¿Tú crees que me importa que el jurado me haya absuelto? ¡No, no! ¡Necesito morir! ¡Quiero desaparecer! Quiero...

—¡Roberto! —gritó el amigo incorporándose en la cama y yendo hasta él—. Repórtate; piensa en que todo se ha solucionado; en que una nueva vida se abre ante tus ojos; en que eres joven, posees una carrera brillante y... Olvídalo todo, amigo mío. Pisotea el presente, cual si fuera un reptil. Mira tan solo al futuro, sonríele, hazle frente; lucha por desasirte de ese recuerdo cruel y lo lograrás.

—¡Lograrlo! Jamás lo conseguiré, Dan. Jamás. ¿No comprendes que ella era para mí el futuro, el presente...? ¿Aún no te has dado cuenta de que lo era todo? La adoraba —susurró débilmente, dejándose caer en la cama y ocultando el rostro entre las manos—. Siempre creí que dicha como la mía no existía otra. Confiaba con fe absoluta en su fidelidad. ¿Cómo sospechar otra cosa, si ella, refugiada en mis brazos, confesaba quererme con delirio como ningún otro hombre consiguió ser amado? Cuando aquella noche tú me advertiste, te abofeteé —gimió ahogadamente—. No podía concebir que ella fuera perjura a su marido. Aun así, siguiendo tu consejo, retorné a aquella casa —sentóse en la cama cogiendo entre sus manos temblorosas las del joven abogado, concluyendo desesperadamente—. Cuando la vi en brazos de aquel hombre, saqué mi pistola y disparé. No me digas que no la he matado, porque estoy bien seguro de que mi bala se incrustó en su negro corazón. No me arrepiento —rugió intensamente—, la hubiera matado otra vez, sin que mi pulso se sintiera débil, lo sé...

Daniel Hurtado posó sus manos temblorosas de emoción en los anchos hombros del amigo, observando persuasivo:

—Escucha, Rob: Si te marchas por el mundo, seguro de que cometiste un crimen, el remordimiento no te dejará vivir, lo sé. Es preciso que razones, que comprendas. Tú no disparaste la pistola. No tuviste valor. Laura padecía una afección cardíaca y de la impresión quedó instantáneamente muerta. El médico forense no halló en el cuerpo de tu mujer una sola señal de haber sido asesinada. Murió porque Dios así lo dispuso, solo por eso. ¿Comprendes? Tú no eres un criminal. Eres tan solo un infeliz equivocado.

Roberto Foisle se puso en pie.

—¿Estás seguro de lo que dices, Dan?

—Completamente. Es preciso que olvides lo sucedido, Rob; de otra forma nunca más serás feliz.

—¿Olvidar? —rio forzado—. ¡Ser feliz! Para mí todo eso ha muerto. Hoy mismo me ausento de este pueblo. ¿Qué adonde? Lo ignoro. ¿Qué importa un sitio u otro si todos me van a ser indiferentes?

—Aunque así sea, dime adonde has de ir.

—¿Lo sé yo?

—¿Trabajarás?

Se encogió de hombros.

—Posiblemente. Voy a consagrar mi vida al estudio. Tengo un título que utilizaré. Tal vez el trabajo me ayude a ahogar el dolor.

Su rostro estaba desesperadamente sereno. La voz sonaba tranquila como si jamás sufriera alteración ninguna. Daniel lo miró tristemente, observando pesaroso:

—Me asusta tu reacción, Rob. Quisiera mejor verte desesperado que con esa tranquilidad pasmosa.

—El corazón humano es muy complejo, amigo mío.

Fue hacia la ventana, cuyos postigos cerró herméticamente y, cogiendo luego el brazo del amigo, indicó la puerta, por donde, un momento después, ambos desaparecían.

—Siento como dentro de mí todo nuevo, Dan; del amor de Laura no queda absolutamente nada, excepto una gran

indiferencia.

Ya en la calle, añadió serenamente:

—Dile a tu criado que puede venir a su buhardilla cuando lo desee. Y déjame pedirte un favor, querido Dan. Yo me voy mañana, si no lo consigo esta misma noche. Vende todo lo que hay en mi piso; yo no quiero nada. Dáselo a quien tú quieras, tíralo si te parece.

—Pero, Rob...

—Sé que allí hay cosas de incalculable valor; sin embargo, no quiero nada. Deseo olvidar y para ello comienzo por ahí. Ni siquiera me llevo un traje.

—¿Adónde vas? —exclamó viendo que el otro hacía intención de apartarse.

—Adiós, amigo. Lo más probable será que nunca más nos volvamos a ver. Jamás tornaré a España. En ella he sufrido mucho, quiero ahogar el dolor en una nación extraña.

—¿Pero te vas así?

—Me voy así —rió con esfuerzo.

Se estrecharon las manos y, sin una palabra más, cada uno se fue por un lado. Pero antes de apartarse del todo, Roberto se volvió a medias, murmurando:

—Hasta ahora has logrado que los periódicos no hablan de mi caso. Procura en lo posible que mi nombre continúe sin aparecer en sus páginas.

—Así lo haré.

Miró, húmedos de llanto los tristes ojos, la ancha espalda que apresurada desaparecía camino de la estación y entonces, sabedor de que se encontraba impotente para detener al amigo, giró sobre sus talones, tambaleándose, camino de su casa.

Capítulo 2

— **E**stoy cansado, nena, muy cansado. Mi cabeza ya no responde. Con demasiada frecuencia se me van las ideas; los problemas más sencillos se me antojan complicadísimos. De ahí mi terror, pues temo perder totalmente la memoria.

— ¡Me asustas, Enrique!

— Yo también estoy asustado, Ketty, pero desgraciadamente todo ello es cierto. Por eso te repito de nuevo: urge que hallemos un ingeniero competente y honrado; de lo contrario habrán de sufrirse muchos contratiempos. Soy viejo en exceso —continuó muy bajo— para sostener sobre mis débiles hombros una carga tan pesada como supone la de estos astilleros. No te entristezcas, Ketty —suplicó tiernamente, húmedos de llanto los cansados ojos—, es ley de la vida; unos florecen, otros decaen como las mismas plantas. Esta vez me toca a mí ser el rosal seco que se mustia para dejar el lugar a otro joven y fuerte.

— ¿Y qué hago yo sin ti, viejo amigo? Tú sabes, Enrique, mis luchas íntimas, mis sufrimientos morales, que, aunque intensos, a tu lado y con tu apoyo filial son más llevaderos. Pero si tú me faltas, ¿qué voy a hacer? ¡Y me envidian! —musitó fruncida, en rictus amargo, la dulce boca—, me creen feliz porque manejo millones. ¡Es desesperante, amigo mío! Si tú me faltas tendré que abandonarlo todo.

— ¡No! ¡Piensa en tus hermanitos! Ellos son inocentes y confían en ti, Ketty. Si abandonas esos negocios, tus herma-

nastros los aprisionarán como lobos hambrientos; lo están deseando y tu inescrupulosa madrastra los alienta con sus consejos poco edificantes.

—Es que también yo estoy cansada; mi ánimo decae por momentos; temo desfallecer en la lucha. Ellos me acosan pidiéndome dinero, que no me atrevo a negar. El gasto de Irma es imponente: palco en la ópera, fiestas, almuerzos, joyas de incalculable valor, autos de las mejores marcas... Todo lo tengo que soportar porque... —esbozó una sonrisa amarga— me es imposible eludirte.

Y, abatida, mojada de lágrimas las pupilas claras, inclinó la cabeza hasta apoyarla en la enorme mesa del despacho.

Enrique Niel, director de los grandes Astilleros Iwahinsky, púsose en pie para posar la temblorosa mano en aquella soberbia mata de oscuros cabellos.

La quería entrañablemente, la admiraba también porque había sabido, con entereza y extraordinario dominio, sacar de la ruina aquel negocio intrincado; lucrativo, sin embargo, si una diestra enérgica hallaba el infalible modo de dirigirlo; aquella mano había sido la suya, que, unida a la otra femenina, lucharon tenazmente hasta verlo de nuevo floreciente y seguro. Pero ahora sus fuerzas flaqueaban, su antiguo vigor veíase maltrecho, ya que los muchos años restaban fuerzas a su siempre despierto cerebro de luchador.

—No hay que abatirse cuando más necesitamos los ánimos —aconsejó, contentando dulcemente el rostro afligido—. Siempre has sido fuerte y habrás de continuar siéndolo en bien de la fortuna que defiendes. ¡Piensa en tu padre muerto! Él no tuvo la entereza suficiente para poner fin a los despilfarros de su mujer, que lo arrastraba a la ruina; a ti no te ciega una insensata pasión ni las locas diversiones. Eres en todo diferente a él, y lo celebro. Hay que luchar y seguir venciendo, lo exigen tus dos hermanitos tan inocentes, tan buenos. Continúa, Ketty, y habrás de salir triunfante

porque te guía un fin sano y noble: el futuro de tus hermanos.

—Tú bien sabes que jamás he flaqueado, pero entonces tenía tu apoyo, en tanto ahora habré de quedarme sola, al frente de esta inmensa mole, sin más ayuda que esos egoístas ingenieros, capitaneados por Renato. ¡Y pretendes que no me desespere!

—Hablé solamente como una posibilidad —dijo apagadamente el viejo director—. Mientras no hallemos un sustituto continuaré a tu lado. Es indispensable, en bien de todos, encontrar un ingeniero competente y honrado.

—¿Y dónde está ese mirlo blanco? —burlóse una voz a su espalda.

Ketty Iwahinosky se volvió como impulsada por un resorte. Su rostro, de facciones delicadas, tornóse altivo, distanciante.

—En cualquiera menos en ti —dijo fríamente—. Te ordeno, ¿oyes?, te ordeno que salgas de mi despacho. Este lugar está prohibido para ti. En todos los tonos te lo he advertido y espero que, en lo sucesivo, antes de traspasar el umbral, recuerdes esa advertencia.

Las afeminadas facciones del hijo de Irma Lover se atirantaron, hasta que su boca, pálida, pareció un trazo rojo.

Enrique lo observaba en silencio, diciéndose, una vez más, que aquel petulante y repulsivo personaje era tan de temer como su misma madre. Tembló por Ketty; rodeada de aquellos egoístas, su vida jamás podría deslizarse tranquila y confiada; y lo peor de todo, lo más lamentable, era que él se encontraba impotente para continuar amparándola. Palideció de coraje al oír la réplica irónica de Renato.

—Antes de irme de nuevo te ofrezco mi ayuda. Si el viejo chochea, nómbrame a mí director y nunca te verás sola.

—¡Insolente! Jamás precisaré tu ayuda, y si me viese tan agobiada como para solicitar un apoyo, tú serías el último si antes no enviaba todo... ¡Sal de aquí! ¡Repugnas!

Renato Lover inclinóse burlón. Antes de haber salido obsequió al director con una despreciativa mirada, mientras manifestaba con irónica entonación:

—Recuerda siempre que estoy a tu disposición, bella soberbia.

El rostro de Enrique se mostraba pálido, pero hermético, ni una mueca, ni una palabra, había pronunciado oyéndose insultar. ¿Para qué? Renato, como su madre, era bajo, tan bajo y mezquino como despreciativo.

—¿Lo ves? —exclamó angustiada la femenina voz—. Se ceban en mí como lobos hambrientos, y eso ahora que tengo tu apoyo; ¿qué será más tarde al verme sola y sin defensa?

La cabecita bella inclinóse de nuevo, sollozando queda, angustiadamente.

—Si es preciso nunca me iré de tu lado.

—Gracias, mi viejecito —musitó tenuemente la voz impregnada en llanto, alzando la cabeza y oprimiendo las manos rugosas entre las suyas blancas y suaves—. Has sido un padre para mí y eso nunca lo olvido, pero reconozco, no obstante, que precisas descanso y yo, que te quiero, ayudaré a proporcionártelo.

Una dulzura infinita invadió el corazón bueno de aquel hombre.

No era un cariño joven el que le impulsaba hacia la chiquilla que, aun cuando poseía millones, se encontraba tan desamparada como el más desgraciado de los humanos; era, por el contrario, un cariño viejo, tan viejo como para contar veinte años, los mismos que lucía el rostro angelical de la angustiada nena.

—Me han hablado de un español que busca trabajo en Cardiff. Es ingeniero naval. ¿Qué te parece si probáramos? —quiso animarla.

—Prueba, con eso nada se pierde.

—Si me conviene, lo admitiré como simple ingeniero; luego trataré de observarlo.

—Si se une a Renato no quiero ni verlo.

Río Enrique.

—Si es así —dijo—, jamás tendrá mi confianza. Un hombre inteligente jamás busca esas compañías y, si se las brindan, las elude. Si el español es recto y honrado, no será precisamente Renato su amigo.

Ketty suspiró hondo. Echó el cabello hacia atrás, apartándose de la enorme mesa de despacho que la empequeñecía. Cogió entre sus dos manos el brazo del viejo amigo, diciendo algo más animosa:

—Vamos al jardín. Pronto llegarán mis hermanitos con la fraulein y deseo recibirles sonriente y feliz.

—¿No crees que sería más conveniente internarlos?

—No. Para ello hubiera sido preciso separarlos y eso es imposible: han nacido juntos y juntos habrán de estudiar y ser felices.

—Los adoras.

—Intensamente —musitó queda, con infinita ternura—. Son ellos y tú los únicos cariños de mi vida —oprimió el brazo de Enrique, continuando—: Por ellos estoy sufriendo y por ellos sufriré si es preciso hasta morir. Cuando perdí a mamá ella me los confió. Eran dos montoncitos de carne casi informe. «Vela por ellos, nena —me suplicó—. Sé para tus hermanos la madre que hoy pierdes, hijita mía». Tenía entonces —añadió— solamente diez años, pero así y todo, tú bien lo sabes, jamás olvidé la súplica de aquella que guio desde entonces mis pasos. Más tarde papá se casó con Irma, creyéndola buena, y ya ves —sonrió tristemente—. Desde entonces ellos fueron mis hijos. Adolfo será luego un hombrecito al que yo educaré para que me secunde en los astilleros. De Alice haré una mujercita sana y buena, de limpios pensamientos y dulce corazón.

Habían llegado al jardín. Eran las doce del día, hora en que los Astilleros Iwahinsky abrían sus puertas para dar paso a tres mil hombres, que trabajaban a las órdenes de una chiquilla de veinte años, enérgica y animosa, a la que

ellos creían feliz, sin adivinar que Ketty Iwahinosky aún ignoraba lo que era una hora de felicidad.

Los grandes astilleros estaban unidos al imponente palacio por una alta tapia; una pequeña puertecita, disimulada entre matas, daba paso a ellos, donde sobre inmensas gradas se construían los hermosos barcos cuyas quillas apenas permanecían unos meses sobre tales gradas, gracias a la energía y dinamismo del activo director.

En aquel momento Ketty, sonrió satisfecha, viendo salir por el enorme portalón a centenares de hombres, cuyos rostros resplandecían de felicidad.

—Todos sonríen —dijo sin dejar de mirarlos.

—Es que se les atiende —replicó el ingeniero—. Renato en ese sentido no puede vencerme.

Volvióse Ketty; dio unas cariñosas palmadas en el hombro del amigo, exclamando dulcemente:

—Cuando te marches, ¿quién va a saber sustituirte? Nadie, ten la seguridad.

—¿Por qué has admitido a Renato como ingeniero? Es un torpe. No sabe lo que es un plano e ignora lo que es la técnica.

Se encogió de hombros. Dio unos pasos por la hierba, yendo al encuentro del auto que traía a sus hermanos, y dijo como excusa:

—Me lo pidió Irma. No me negué porque no tuve en qué apoyarme.

—Es una pena —se lamentó—. Te dejo con tus hermanos. Hasta la tarde. Cuando vuelva ya sabré a qué atenerme respecto al ingeniero español.

Besó a Ketty, desapareciendo luego por la pequeña puerta.

—¡Ketty, Ketty! —llamaron alegremente dos vocecillas a un tiempo.

La muchacha oprimió entre sus brazos los cuerpos queridos. Era una nena rubia como el trigo maduro; tendría a la sazón diez años, igual que el chico, fuerte y hermoso, cuyos

rostros resplandecían ahora mientras besaban incansables el rostro de su madrecita.

—¿Nos bañamos, Ketty?

—Voy por la pelota —chilló Alice, echando a correr en dirección al palacio.

Momentos después, los tres, embutidos en vistosos *maillots*, se sumergían en la piscina de agua fresca y transparente. Sus risas se unían felices mientras la pelota botaba de uno a otro lado.

—Mira cómo se entretiene la mujer de negocios —observó Berta Lover, apoyándose en la balaustrada de la terraza.

Irma alzó la cabeza al decir con desprecio:

—Son los únicos momentos felices que tiene de expansión.

—Pues ahora va a verse y desearse —manifestó Renato, entrando y dejándose caer en una extensible—. El viejo pierde la memoria y ella sin él es un barco al garete.

—Ofrécele tu ayuda.

—Ya lo hice.

—¿Y...?

—Lo de siempre. Nos desprecia.

La voz de Irma sonó impregnada de ira:

—Ketty no debiera de olvidar que aún está entre mis manos.

—¿Y qué harás con eso? —inquirió el hijo, indiferente.

—Mucho; aún no lo sabe ella bien.

Capítulo 3

Miró el auto que se llevaba a sus hermanos hasta que hubo desaparecido y, muy lentamente, ascendió por las anchas escaleras hasta llegar a la terraza, donde se reunían Irma y sus dos hijos.

—Lo más conveniente hubiera sido internarlos —dijo Irma.

—Nunca me separaré de ellos.

—Una manía. Tu padre siempre decía que haría de Adolphus un gran aviador, y, si es que respetas los deseos del difunto, te verás precisada a separarte de él.

Ketty apoyóse en una columna. Miró a lo lejos y añadió quedamente, como para ella sola:

—Siento infinitamente contrariar los deseos de mi padre, pero Adolphus habrá de ser un ingeniero naval para que más tarde me secunde en los astilleros.

El rostro de Irma se puso rojo de indignación, pero aun así murmuró serenamente:

—Si dejaras todos esos asuntos en manos de Renato y te dedicaras a divertirte, como hacen otras muchachas de tu edad, cuánto más ganarías. Estás dejando pasar la juventud y luego tal vez lo lamentes.

Ketty esbozó una sonrisa. Miró primero a Renato, que fumaba despreocupadamente tendido en una mecedora; miró luego a Irma y, dando media vuelta en dirección al jardín, dijo enérgica, muy lentamente:

—Soy feliz de esta forma, Irma; te agradeceré que en lo sucesivo te abstengas de mencionar para nada mi trabajo, puesto que todo es inútil.

Traspasó al puerta acristalada, no deteniéndose hasta haber llegado al segundo piso, donde tenía instalado su despacho particular.

Cerró la puerta con doble vuelta, yendo después a apoyar la frente en el cristal del gran ventanal. Desde allí dominaba perfectamente los astilleros. Sonrió satisfecha, observando el orden con que los obreros trabajaban incansables en los buques, cuyas inmensas moles parecían crecer de día en día, y todo ello le causó una satisfacción interior.

Vio al director salir de la nave central en compañía de un hombre fornido; ancho de hombros, cintura breve, esbelto, parecía en extremo elegante. Observó cómo Niel, cogiéndolo del brazo, caminaba en torno a los grandes diques, explicando algo, mientras con el brazo señalaba las gradas.

¿Es que aquel hombre era el ingeniero español? Supuso que sí y una leve mueca de contrariedad distendió su boca. Le pareció demasiado joven, no joven precisamente..., ¿qué entonces?

No supo precisarlo y, contrariada, se apartó del ventanal, yendo a sentarse tras la enorme mesa del despacho.

Vestía un traje oscuro, bastante austero; el cabello lo recogía tras la nuca en un gran moño. Aun cuando su atuendo, igual que su tocado, era impropio de su extremada juventud, hacía gracia en su personilla armoniosa, tal vez porque aquellos tonos serios no estaban de acuerdo con su juvenil aspecto.

Cogió la estilográfica, comenzando a trazar números sobre el grueso cuaderno. Sus ojos claros de transparencia, bellos y puros como gotitas de rocío, fueron desde el papel a cla-